

EN LA ESTELA DE VIVES. APUNTES PEDAGÓGICOS CONTENIDOS EN LOS ENSAYOS POPULARES DEL SIGLO XVI (I)

Teresa Sánchez Sánchez

RESUMEN: *Vives publica sus “Diálogos sobre la Educación” en 1938. Son un ciclón que barre con las tinieblas medievales y refresca el aire de atavismos teológicos y teorías hereditaristas, inculcando nuevas actitudes valorativas del talento (ingenio) cultivable y del papel de los educadores como cinceladores de la naturaleza en el fomento de actitudes y motivaciones. Apenas unos años después, las ideas de Vives parecen haberse encarnado en los escritores de la época, aún cuando procedieran de ámbitos muy diferentes. Es por esto que la estela de Vives esta constituida por una miríada de autores que efectúan la transición a la modernidad prendidos a la luz de su cometa. Carbón (1541) sería hoy considerado un higienista, Luján (1550) un orientador familiar y Mexía (1540) una especie de divulgador mediático. Acercan todos ellos la sabiduría al pueblo, democratizando el conocimiento y catapultando a las masas a la modernidad. Les otorgamos, por ello, el estatuto de pedagogos profanos.*

Palabras clave: *Luis Vives, educación renacentista, Damián Carbón, Pedro Luján, Pedro Mexía.*

ABSTRACT: *Luis Vives publishes its “Dialogues on the Education” in 1938. They are a cyclone that it sweeps with the medieval darknesses and it refreshes the s air of theological atavisms and inherited theories, impelling new attitudes of the cultivable talent and of the paper of the educators as chisellers of the nature in the promotion of attitudes and motivations. Hardly years later, the ideas of Luis Vives seem to have incarnated in the writers of the time, even though came from very different scopes. It is by that the wake of Luis Vives this constituted by a myriad on authors who carry out the transition to modernity caught to the light of their comet. Damián Carbón (1541) today would be considered a “higienista”, Luján (1550) an family guide and Mexía (1540) a publishing species of mediatic. They approach the wisdom the town, do to the democratic knowledge and they catapult to the masses to modernity. We granted to them, for that reason, the statute of profane teachers.*

Key words: *Luis Vives, Renaissance education, Damián Carbón, Pedro Luján, Pedro Mexía.*

0. PROEMIO

El Renacimiento es la época en que se llevó a cabo la revolución cultural más silenciosa y transformadora de toda la historia. Revolución centrada en el conocimiento del hombre, su naturaleza y sus potencialidades. Su modelo antropocéntrico exagera de una forma rotunda y casi religiosa el hecho humano: esencia, componentes, necesidades, etapas, desarrollo, objetivos, fines, etc. Fomentó una creencia hipostasiada y omnipotente en las aptitudes naturales y en la virtualidad optimizadora de los proyectos pedagógicos (P. R. Santidrián, 1986). Hoy, mucho más escépticos que entonces, no sabemos dónde ni en qué cifrar las claves del éxito educativo, pues aún dándose condiciones naturales y educativas de gran calidad, en ocasiones el resultado no es el deseable.

Durante el XVI, se alimentó un inmarcesible entusiasmo en el libre albedrío, pero hoy sabemos que éste no puede sostenerse sino sobre el conocimiento (la clásica seguridad en que si el hombre conoce el bien, elige el bien, y sólo la ignorancia predispone a la maldad). Lo demás se atribuye a la Providencia, que siempre (el optimismo renacentista es harto incorregible) es favorable a las criaturas (*templum dei*). El hombre era contemplado como medida del mundo, el macrocosmos en el microcosmos, cúpula de la creación, especie elegida, “simiente de todas las posibilidades” (G. Bruno), etc. Tanta grandilocuencia habría de engendrar no poca soberbia y un uso despótico de su soberanía sobre la Naturaleza. El “hombre nuevo” se nutrirá de ciencia y de experiencia, para aumentar su auto-dominio sobre las pasiones e instintos, y para mejorar sus capacidades germinales. De ahí que la educación cobre un valor inusitado para la construcción del hombre plenamente humano, del hombre universal. La preeminencia medieval del linaje cede ante la del ingenio, la inteligencia y habilidades naturales.

Voy a ocuparme en este trabajo de estudiar la estela de Vives; a saber: autores y obras menores, de un carácter variopinto entre ensayístico y divulgativo, entre moral y lúdico (entretenimiento erudito), que tienen un denominador común: el didactismo pedagógico. Los autores cuya obra presentamos tuvieron desigual suerte en el siglo XVI, alguno (Carbón) pasó desapercibido entre los especialistas,

En la estela de Vives. Apuntes pedagógicos contenidos en los ensayos populares...

aunque gozó de popularidad entre el público; otro (Luján) fue juzgado mediocre y plagiador pero fue muy leído por su gran sentido de la oportunidad (unos años posterior al Concilio de Trento donde el tema del ordenamiento matrimonial tuvo sobresaliente protagonismo); otro (Mexía) fue comparado a la olla podrida, apta para paladares robustos y vulgares. Fueron, eso sí, éxitos de librerías en el siglo XVI, lo que indica su populismo y su vocación educativa. La amenidad es un sello distintivo y un denominador común a todos ellos, así como la recopilación de los saberes clásicos y el recurso a las fuentes magistrales una estrategia para dotarlos de autoridad e infalibilidad. En todos ellos encontramos un tono doctrinal indiscutible y un patrón didáctico común: se acepta una verdad previa y el autor (directamente o a través de sus personajes) la va explicitando ante la escucha del aprendiz (sea éste el lector u otro de los personajes del diálogo). El uso de ejemplos (*exempla*) y el ardid del magisterio clásico tornan inapelable la esencia de la doctrina. El lector o el conversador tiene un deslucido papel: manifestar los reparos, dudas e incomprensiones, pero no más que como fórmula retórica que permite que el maestro despliegue su sabiduría. El primer autor en el que me detendré es Damián Carbón, revalorizando su aportación a la pedagogía médica. El segundo autor es Pedro de Luján, que se detiene en una pedagogía familiar y doméstica. El tercer autor, Pedro Mexía, ofrece más bien una pedagogía callejera, enciclopédica, populista. De modo que tocaremos distintos ámbitos: el médico, el hogareño y el público. Este repaso será completado en posteriores entregas en un esfuerzo por completar la visión ‘vivescéntrica’ en lo que se refiere a las ideas sobre la educación desarrolladas en el Renacimiento y el Humanismo español.

1. UN PRECURSOR DE LA EDUCACIÓN PARA LA SALUD

Damián Carbón (1541). Libro del arte delas comadres, o madrinas, y del regimiento delas preñadas y paridas, y de los niños. Por el expertissimo Doctor en Artes y Medicina, Mestre Damián Carbón. Mallorca, compuesto 1541.

La obra fue escrita en 1938, aunque no fue publicada hasta 1541 en Mallorca. Se ignora dónde estudió Medicina su autor, aunque se

sospecha que fue en Salamanca, Alcalá o Santiago, y presumiblemente en la primera ciudad. Libro coetáneo de los “Diálogos” de Vives, mantiene muchos atavismos (T. Sánchez, 1998) iatroquímicos, mágicos y astrológicos, que simultanea con una vocación humanista y didáctica señeras. Pertenece a la estirpe de los humanistas médicos que ponderaban el valor de la experiencia y el experimento por encima de la razón argumental y de las tradiciones intelectuales (*auctoritas*). No comulga aún — tardaría en publicarse dos años todavía la *Anatomía* de Vesalio que equivaldría en la Medicina a una auténtica revolución copernicana— con la Fisiología del cuerpo humano por dentro. Su conocimiento se erige sobre la base hipocrática, galénica y arábica. Damián Carbón se ubica en la encrucijada de la tradición y la modernidad. Su ciencia procede de una concepción artesanal de la medicina (resultado de la combinación de experiencia, intuición, observación sistemática, tradición intelectual, atrevimiento farmacológico, y cierta dosis de prudencia y sentido común).

El afán práctico de auxiliar y curar se antepone a la pretenciosa ambición de ser célebre en la república de los saberes. Una llamativa particularidad de la medicina renacentista es su deseo de hacerse entender por el pueblo y la relación dialógica que se establece entre consultante y médico, afín a la que se produce entre discípulo y maestro. Esta horizontalidad, sensata como criterio pedagógico, tiene algo de mayéutica, pero sobre todo reporta favorables beneficios y agiliza el acto médico pues convierte al enfermo en cómplice y colaborador de la propia tarea curativa. Por estas razones y porque insinúa la muy polémica idea de la eugenesia, estamos ante un autor sorprendente, que cree que la tarea pedagógica que ha de ejecutarse sobre el hombre comienza antes de su nacimiento, instruyendo a las madres y comadronas sobre los cuidados necesarios para la prosperidad de la gestación y del parto. Vayamos sin demora al estudio de las ideas pedagógicas contenidas en el texto.

Ya en el Libro I, tras meticulosas recomendaciones sobre la forma correcta de proceder en el parto, se atreve a introducir sus avisos para amas de cría o matronas. Su aventura pedagógica comienza en el puerperio y, dando por hecho que el neonato estará bajo el cuidado físico de nodrizas, lanza a éstas una serie de exhortaciones. Se trata de suaves requerimientos sobre las condiciones generales que

En la estela de Vives. Apuntes pedagógicos contenidos en los ensayos populares...

deben acopiar para cumplir diligentemente su oficio y que habrán de manifestarse en el cuidado pedagógico y moral del infante. Además de sus habilidades físicas, reunirán un cierto número de actitudes caracteriales y costumbres, a tenor de su notable influencia sobre el niño. Encomienda al Ama que sea hábil y suficiente, inteligente para interpretar los signos de la conducta del niño; benigna, alegre, diligente, limpia, casta, ni triste, ni tímida, ni iracunda. Desaconseja la crianza a la nodriza tonta, disipada, frívola o perezosa, pues en ninguno de estos casos estaría suficientemente atenta a las necesidades del niño, antes bien a las propias inclinaciones y caprichos. Observa con gran sentido común, que el niño aprende de con quien está, no de quien lo engendró. Se desmarca, asombrosamente para una época dominada por las teorías naturalistas de los humores como transmisores de todo tipo de predisposiciones hereditarias, de la interpretación innatista (genética, diríamos hoy) y se catapulta tres siglos por adelantado a una visión ambientalista e interpersonal de la labor educativa y del aprendizaje. Son el contacto humano, la observación, la imitación e identificación con los modelos de vida cercanos, agentes educativos más potentes:

“Fue prohibida la estolida [estúpida, poco inteligente] no dices a mamar y[a que] mas dize que trae las costumbres el niño de la ama que del padre ni de la madre, y por esso es de mucho mirar que sea bien morigerada y discreta” (fol. LVI).

¡Cuántos debates espurios sobre la conveniencia de amamantar a horas regladas o de forma libre y permisiva! ¡Cuántas teorías inútiles sobre la necesidad de adiestrar al neonato en fórmulas alimenticias de un tipo u otro, según que el objetivo perseguido fuera entrenar al niño en la frustración o la gratificación! Damián Carbón hace gala de sentido común. Postula una lactancia según demanda pues, según supone, antes de que el infante sea pervertido por descarriados hábitos hedonistas, si pide será porque necesita. La terquedad y rigidez en la creación de hábitos alimenticios, y de otro tipo, contribuye sin duda a la socialización y a la civilización del niño, pero deben atemperarse para no devenir actitudes puramente sádicas e intransigentes que causen innecesarias frustraciones y desabrimientos de carácter. Dicho en román paladino: el niño debe estar ante todo contento.

Fascina la división que Damián Carbón realiza entre las dos edades básicas del niño. Las insinúa, no las explicita. Podríamos seña-

lar una primera edad, del **consentimiento**, y una segunda edad de la **reparación**. La creencia en que se basa procede de la teoría del ingenio. Cada individuo debe desplegar sus atributos y dones naturales; para ello no es prudente violentar con censuras o prescripciones las propensiones naturales de las criaturas cuando son tiernas. Se parte de una confianza básica en la bondad o sabiduría de la naturaleza: hay que aguardar a la epifanía de los talentos y condiciones naturales. Sólo cuando se haya dado oportunidad a la natura, deberá intervenir la cultura, con su principio corrector (reparador), enderezador de entuertos naturales. La tierna edad de la inocencia da paso a la edad de la virtud. Pero no hay virtud sin educación, sin reja del arado que depura y surca el campo silvestre de la indolencia y de los apetitos.

La primera prescripción que Carbón apunta es la necesidad de mantener el cuidado corporal y la salud para conformar las buenas virtudes anímicas. Nuevo signo de modernidad tras el oscurantismo medieval, negador del cuerpo como condición básica para el alimento y cultivo espiritual. Damián Carbón no sucumbe al empobrecedor dualismo platónico, que propugnara el olvido, la desidia e incluso el castigo corporal como medios de purificación y de sublimación espiritual. Precursor del humanista “mens sana in corpore sano”, aconseja que la sanidad del cuerpo sea mimada para garantizar la sanidad del entendimiento. Anticipa la optimización de las virtudes, si se poseen previamente, o la inculcación de virtudes nuevas, si de ellas se carecía. El cuidado corporal contribuye al advenimiento o consolidación de las virtudes de varias maneras: mediante el ejercicio, con el regimiento prudente en el comer y beber, y con la preservación de la tristeza, cansancio excesivo, vigilia, enfermedad, ira, temor o vehemencia. Vemos aquí una propuesta de moderación senequista que no desmerece los aforismos de Marco Aurelio en sus meditaciones. Habida cuenta de la importancia central que las comidas y toda la ceremonia circunstante tenían en la antigüedad, el entrenamiento en hábitos alimenticios era, de paso, entrenamiento para la vida misma. Saber comer constituye un buen indicador del saber vivir y hasta del saber convivir:

“Cuando se siente a la mesa con otros mayores de condición o de días, no coma sino el que le pusieren delante. La tercera que se contente con lo que le dieren, o sea una vianda, o muchas en una comida, ni coma sino muy assos-

En la estela de Vives. Apuntes pedagógicos contenidos en los ensayos populares...

siego, ni haga grandes bocados, ni demande algo mas para comer, su beber sea con grande cortesía. La quarta es que su comer no sea por delectacion ni por sabor, mas sea solo para su salud, ni sea en cantidad sino lo que fuere para sustentarse. La quinta que le partan el comer en dos yguales comidas. La sexta es que le guarden de las viandas gruesas ni de mala digestión: y esto por hazerle buen entendimiento. La séptima es que se guarde de cosas demasiado dulces: porque son opilativas y delitosas. La octava es que la hora para comer es de mañana después de algun exercicio” (fol. LXXXVIII v).

Cualquier nutricionista contemporáneo diseñador de una dieta saludable firmaría estos consejos que, por añadidura, según se ha comprobado en estudios higienistas recogidos por F. Mora (2002) contribuyen a la prolongación de la vida y a una vida de calidad (V. Camps, 2003), amén de a la calidad de vida. Es claro que los hábitos del por Platón denostado vientre (alma sensitiva para el tomismo del que probablemente D. Carbón se empapó) extienden sus efectos más allá de las funciones de mantenimiento de la maquinaria corporal, abarcando también las esferas éticas y estéticas del comportamiento humano. La forma de comer revela una forma de ser, un talante social, hasta una actitud vital y moral.

Crianza y educación son procesos coincidentes. Carece de sentido acometer aquélla con una orientación contraria a ésta, por lo que la labor educativa principia en el hogar y se impulsa fuera de su ámbito por los agentes domésticos. La estela de las enseñanzas de Galeno llega hasta once siglos más tarde. Los preceptos pedagógicos no han sufrido ninguna evolución significativa. Prueba de ello es el parafraseo de las instrucciones del maestro médico:

“Es la primera que el niño debe dormir tanto quanto fuere menester: de forma que no sea demasiado porque el superfluo dormir relaxa el cuerpo, fatiga el seso, mortifica el cuerpo y prefoga el corazon. Pues es necesario levantarse de mañana por hazer buen habito. La segunda es que el lugar donde duerme no sea con muchos colchones, ni delicada cama, porque le es nocivo: antes es menester que en el tiempo del calor que lo sienta: porque le es provechoso. Y es menester sea acostumbrado a ello en el tiempo de la necesidad y quando acaeciére. La tercera es que haga algun exercicio correspondiendo a su condicion: y no este ocioso porque daña al entendimiento y dispone a malas costumbres. La quarta no es menester abezarlo a lindas vestiduras: por no hazerlo elevar en sobervia: por semejante a malas costumbres. La quinta es que acate los mayores y mucho a su maestro. Como dize Seneca en el libro de doctrina scolarium. La sexta que no jure ni por dios (sic) ni por los santos, ni por vero ni por falso, sea verdadero y no mentiroso. La septima no sea codicioso de moneda, no sea avaricioso ni menos prodigo. La última que sea obe-

diente a sus padres, y guardese del vino: porque los nocumentos que trae el vino: mas fácilmente se activan en el niño que no en los otros mayores: porque es generativo de cólera, por su calidad haze elevar vapores a la cabeza: los quales son muy nocivos al cerebro y daña los nervios que son en el niño flacos, hincha la cabeza, trae furor y congelación, y estupor, daña mucho a las buenas costumbres...” (fol. XC).

Observemos que Damián Carbón ejercita una tarea cercana a la del médico de familia actual. Tarea que incluye aspectos preventivos, consejos propedéuticos útiles para la planificación de una vida sana, a la par que aspectos éticos, en tanto que perfila según principios estoicos la actitud y los hábitos que habrán de regir la vida de sus pupilos. Constatamos, con delectación y perplejidad, que la doctrina básica de lo que hoy se ufana en presentarse como educación para la salud —prevención primaria y adiestramiento en modalidades de vida equilibrada y sensata— no sólo ya está contenida en este insólito manual de obstetricia y puericultura, sino que se retrotrae al siglo V y a la prudente visión de Galeno, estandarte de la medicina humanista y referente del médico total (no sólo del médico corporal). Lucidez patente la que permite ver que las costumbres saludables cobran su rédito en el crecimiento adecuado de los niños y en la evitación de enfermedades.

Este exponente del incipiente humanismo médico español hace gala de un afán pedagógico notable. El conocimiento ha de abandonar los enclaves del saber erudito (universidades y conventos) y devenir patrimonio del pueblo. Sólo llevando la cultura a la plebe, la nación prosperará, porque cada ciudadano será agente y colaborador del progreso. Lo destaca la siguiente cita:

“El humanismo es un movimiento pedagógico estrechamente asociado a la vida civil, a la vida del hombre en sociedad. Frente a la especialización técnica de la escolástica, fundamentalmente dirigida a los especialistas de cada disciplina, los humanistas manifiestan un gran interés por la divulgación de conocimientos y por su aplicación a la vida práctica” (J. Gómez, 1989, 201).

2. EL DIVULGADOR DE LA EDUCACIÓN DOMÉSTICA

Pedro de Luján (1550). Coloquios matrimoniales (Ed. De Asunción Rallo Gruss. Real Academia Española, 1990).

En la estela de Vives. Apuntes pedagógicos contenidos en los ensayos populares...

Pedro Luján gozó de abundante éxito con esta obra por la desenvuelta combinación que sabe pergeñar entre discurso y prédica, novela y coloquio frugal, trufada siempre de referencias eruditas a los clásicos. El *locus* académico donde se exponen los argumentos es siempre la conversación entre iguales en rango, si bien de distinta catadura intelectual y moral, para dar ocasión y pretexto al adoctrinamiento. Como consecuencia del encuentro entre pares emana un aprendizaje, lección de vida cristiana o compromiso de corrección en las costumbres reprobables. La felicidad se deriva de la asunción de lo posible y del cultivo de lo necesario (¡infaltable apuntalamiento del estoicismo!), de la adecuación a lo lícito y del sacrificio de los deseos e impulsos naturales. Lo sentimental y lo moral caminan por senderos que se bifurcan. (T. Sánchez, 1996, p. 43).

En el Quinto y penúltimo diálogo de estos moralizantes y tediosos Coloquios, Luján casi plagia (“copia compuesta” a varios autores influyentes de la época, particularmente a Erasmo y a Fray Antonio de Guevara). Traslada al ámbito doméstico sus enseñanzas y las reviste de la frescura de lo cercano. Su mérito, que hoy sería causa de denigración, es su contribución a la divulgación de las ideas humanistas. En este Coloquio los hijos de sus protagonistas se encuentran y conversan en el tono dialéctico habitual (tesis-antítesis; argumento-contra-argumento) sobre las virtudes que han de tener los niños y los vicios de los que se han de apartar, así como reflexiones sobre el estudio. Julio e Hipólito se encuentran e intercambian saludos y requiebros sobre sus hábitos y esparcimientos. Obsérvase, desde el principio, que el hogar se convierte en espejo de vida cristiana y en la primera y más importante fuente de instrucción. Además, de la familia emana la auctoritas moral que la prole sigue y perpetúa, transmisora de principios esenciales. La moral doméstica tranquiliza y provee de un vademécum que ahorra zozobras y desasosiegos. El planteamiento acerca de la autonomía e independencia del niño para elegir sus criterios rectores tardará en llegar. La imitación de los padres es el portal de la imitación de Cristo, si aquellos fueron adoctrinados en la misma fe y guía que sus hijos, y éstos en la misma que sus abuelos. La preservación de las tradiciones aporta

seguridad y serenidad. La tradición se presenta como recuerdo, y el recuerdo como prescripción para el futuro.

Todo el texto destila la moral apuntalada en el Concilio de Trento cinco años atrás sobre el Matrimonio fundado en el amor y en la constitución de la familia, como templo de Dios. Cada nacido es un obrero que contribuirá con su trabajo a la edificación de la iglesia, una piedra más, trivial y angular a un tiempo, llamada a sostener la Divina encomienda de la Fe. El Manual Pedagógico del Catolicismo se encuentra en estas piadosas páginas —intertextualizadas se diría hoy— de Erasmo, Vives, Guevara y Mexía.

Veamos sus ideas principales:

El primer paso de esta instrucción consiste en “adornar el ánimo de buenas costumbres” (Lujan, p. 244), cimientos de toda obra firme. Para ello, la tarea previa es eliminar (deseducación) las escorias o detritos que pudiere haber: ociosidad, vicios, etc: “La ociosidad la pueden llamar madrastra de las virtudes y madre de todos los vicios” (*ibid.*, p. 245).

El segundo paso comporta huir del regalo del padre y de la madre, entendiendo por esto no sólo la protección o los mimos, sino el mantenimiento innecesario, estando el niño en edad de trabajar o aprender oficio para su propio sustento (es capcioso clarificar que la prescripción que Luján hace de trabajar desde los 10 años constituiría hoy un atentado a los Derechos del niño).

Debemos evitar falaces juicios presentitas al respecto. Ni la demografía, ni la sociología, ni las costumbres de entonces se parecen a las de ahora. La esperanza de vida era la mitad a la de ahora. La equivalencia de los 10 años del siglo XVI sería la de los 16/18 de ahora. El reparto del tiempo, las funciones y la organización familiar distaban mucho de lo que hoy acaece, y desde luego no era prudente transigir con la vagancia o la disipación porque la economía doméstica sufriría daños irreparables. La indolencia mimosa de los padres arrumbaría en catástrofe, pues convertiría al hijo así tratado en alguien de mermada capacidad adaptativa a un entorno de feroces exigencias y riesgos supervivenciales. Sin embargo, el mimo

En la estela de Vives. Apuntes pedagógicos contenidos en los ensayos populares...

que en Erasmo era perjudicial para la salud, Luján lo convierte en vicio, mediador del pecado.

Estremece la rigidez educativa y la intemperancia con que el Nombre del Padre (como diría Lacán) se impone al hijo y traza el camino de vetos, restricciones y censuras. Martillo que cincela y fustiga, pulimento de todo agasajo hedonista, desprendimiento del amor que infecta el alma de anhelos espurios y ablanda la voluntad macerada de placeres y consentimientos vanos. Padre ‘superyoico’ y detentador del poder y los derechos, padre patriarcal que preserva su dignidad asociada a la condición de cabeza de familia, padre limitante que recorta el ámbito del hijo e impide que en él se desarrolle cualquier hipertrofia narcisista, padre ‘castrante’ que recuerda que con los derechos no se nace, sino que se conquistan (verdadera identificación con el agresor transmitida de generación en generación: hago contigo, lo que conmigo hicieron y ‘cuando seas padre comerás huevo’). El objetivo es atraer al hijo a la voluntad y designios del padre, en vez de llevar al padre a la voluntad y caprichos del hijo. La flaqueza en esto es presagio de catástrofes, advierte Luján:

“El padre en fin que a su hijo regala más deseo tiene de verlo en la horca que no en otro cabo en honra” (*ibid.*, p. 246).

El tercer requisito de una buena crianza es la educación en la paz, ecuanimidad y verdad. Sus opuestos vicios, a saber: belicosidad, arrogancia y mentira, son todos ellos lastres inconvenientes de los que hay que despojar la tendencia natural humana para conseguir edificar luego los rasgos genuinamente cristianos. Exhorta a los padres concienzudos a evitar la negligencia y la permisividad con que por pereza se consienten las mentiras y engaños. El árbol hay que enderezarlo desde el primer brote, antes de que se tuerza irremediablemente. La disciplina nunca sobra, en ocasiones sirve para corregir, en otras para advertir: “por de muy buen acero que sea un cuchillo conviene que de cuando en cuando le den un filo para que corte mejor” (*ibid.*, 247).

Apartarse de las tentaciones, pensamientos o conversaciones concupiscentes que irriten la lujuria y fomenten la rija es un consejo que no da Luján sólo en loa de la virtud (¿?) de la castidad, sino en beneficio de la conservación de la honra y hacienda y aún de la salud (se

entiende que salvaguardándose de enfermedades o de la consunción producida por el abuso del placer venéreo).

Prohibir el juego, sobre todo el deshonesto, y el alcohol, es cautela que evita la disipación y la inmadurez. Porque, aduce Luján:

“Los vicios no quieren sino una pequeña entrada, un muy sutil agujero, una poquita de ocasión para por allí hacer muy ancha portada, para apoderarse de nosotros, son como una carcoma que por poquito que sea el agujero lo ensanchan, y hacen muy grande” (Luján, p. 249).

Yendo, al fin, al apartado más interesante, el de las condiciones que ha de reunir el maestro para ratificar y consumir la obra pedagógica emprendida por los padres (eminentemente por el padre, ya que la madre introduce agasajos y cuidados puramente materiales de sustento y limpieza, no siendo en verdad agente educativo de primera magnitud), éste ha de ser maestro de vida y virtud antes que sabio o experto en materia alguna, pues “el maestro vicioso saca los discípulos viciosos” (*ibid.*, p. 249). El instructor es parangón de costumbres, eje de los objetivos y espejo de imitación. El magisterio ejemplarizante alcanza su máxima expresión:

“poco aprovecha tener la lengua experta, la memoria viva y el juicio claro, la ciencia mucha y la elocuencia profunda, el estilo suave, y la experiencia larga, si es el maestro en las costumbres disoluto,... ya que el hombre sabio más peca con el mal ejemplo que nos da que con la culpa que comete” (*ibid.*, 250).

No flaca responsabilidad y cuidado es éste, que exige la plena superposición, o mejor dicho, indistinción entre persona y profesional, entre vida y trabajo, que en verdad eliminaría las disociaciones frecuentes entre vida y doctrina. Sin embargo, exige la presencia de filósofos (¿inspectores de enseñanza?) o veedores que dictaminen sobre la probidad de los maestros, distando poco del proceder inquisitorial que poco después de este escrito y durante siglos juzgaría lo sagrado y lo profano, lo eclesiástico y lo civil aboliendo cualquier frontera de demarcación.

3. EL EDUCADOR URBANO

Pedro Mexía (1540). Silva de varia lección. (Ed. de Antonio Castro). Madrid: Cátedra, 1989.

Pedro Mexía es un autor ‘de índole menor’ (A. Rallo, 1990), mediocre y borroso (M. Bataillon, 1966), y misceláneo (J. Gómez, 2000). Sevillano de origen, estudió en Salamanca y mantuvo correspondencia con Erasmo y otros autores reputados, aun cuando la crítica le acusa de tomar del erasmismo los asuntos más intrascendentes y fútiles, no atreviéndose con los de más grueso calado. La obra es un “centón de anécdotas”, una poliantea donde se toca todo y nada. Una suerte de enciclopedia divulgativa en la que se actualizan temas de índole científica, histórica o moral (A. Castro, 1989). Como su nombre indica, *Silva* (selva), reúne una amplia diversidad de producciones que cual la flora de una selva pudieran interesar a cualquier hombre culto o curioso. La miscelánea como género literario y ensayístico estuvo de moda durante los siglos XVI y XVII. Amena, sin tener que recurrir a la ficción, y pedagógica sin recurrir al ensayo erudito. Cumple el objetivo educativo del renacimiento de democratizar la cultura, allegándola al vulgo, satisfaciendo su sed de misterios y su hambre de certezas racionales, sin necesidad de invocar continuamente la explicación *a divinis*. Los méritos más sobresalientes de una *Silva* son (A. Castro, 1989): variedad, brevedad, concatenación, interconexión, sencillez y didactismo. Por este último motivo es por el que hemos juzgado oportuno incluir al autor y a la obra aquí. Enseña y ejemplariza, informa y entabla polémica alrededor de asuntos de verdad borrosa y discutible, lo que sirve de pretexto para difundir las teorías amasadas a favor y en contra del asunto de que se trate. Los temas carecen de orden y sistematización precisa, aunque la apariencia de naturalidad es un ardid estilístico para evitar solemnidad y pedantería que disuadieran a los lectores de acercarse a la obra.

La *Silva* fue éxito de ventas en Europa (32 ediciones en castellano y varias en otras lenguas europeas), constituye una obra laica para el consumo de las masas, perfectamente digerible por las clases populares, de lenguaje fácil, plagado de anécdotas, ejemplos ilustrativos y remembranza de los clásicos. Despeja del tedio solemne de la literatura medieval, tan elitista y erudito, forma e instruye a la par que divierte. Obra de variedades en la que deben ante todo resaltarse su intención y su forma dado que cumple aquel famoso lema de enseñar deleitando —que la pedante erudición especializada del

siglo XX ha olvidado (A. García Madrid, 2002)—. Pese al pomposo y omnitemático título “*Silva de varia lección*”, no compone ni supone una cosmovisión, ni menos un reglamento normativo a seguir para bien vivir en el mundo. Tampoco innova. ¿Cuál es su mérito, pues? Sin duda: democratizar el conocimiento disponible, dar dignidad al pueblo a través del conocimiento, apartándole de las tinieblas de la ignorancia. A diferencia de los diálogos platónicos o ciceronianos, no se persigue la verdad inquisidoramente, sino que se da por supuesta de antemano. Las verdades son apodócticas y los autores las transmiten a través de sus textos. La verdad no es fruto de una pugna dialéctica entre una tesis y su antítesis, sino que sólo hay una tesis que debe pasar de la oscuridad a la luz, del hermetismo a la evidencia. El autor sólo es médium de la doctrina, un intermediario, un pedagogo, un apologista: todo a la vez y de manera indiscernible. La verdad es unilateral y transpersonal, ni objetiva ni subjetiva sino ontológica. El maestro la transporta desde los libros o las enseñanzas orales de los sabios hasta las mentes que están bajo su égida. Libros como la *Silva de varia lección* son el equivalente renacentista de la educación asumida actualmente por las revistas o programas de divulgación, o por los documentales de los *media* audiovisuales.

Espiguemos sólo algunas ideas curiosas:

Una de ellas (*Silva*, I, cap. XXV) mantiene el mito de la lengua única en el alborar de los tiempos que permitía la perfecta comunicación entre todos los hombres, razas y pueblos. Tomando la historia de la Torre de Babel, argumenta que son la humildad y la tolerancia las que devolverán el entendimiento al género humano. La ilustración a la que acude es sobradamente conocida: qué lengua hablarían los niños si fueren criados por personas mudas y alejadas de cualquier impregnación lingüística. La creencia claramente precientífica, absolutamente mítica pero vigente en este siglo, es que hablarían espontáneamente la lengua primigenia, para unos el hebreo (Mexia), para otros el latín (Montaña de Monserrate, Huarte de San Juan, etc). La moraleja pedagógica es obvia: para que ningún lenguaje o pueblo se sienta perimido, lo mejor es avenirse cada uno

En la estela de Vives. Apuntes pedagógicos contenidos en los ensayos populares...

a su idioma, minimizando la confusión y el babelismo con buena voluntad y traductores adecuados.

Otra de ellas (Silva, I, cap. XXXII) es el loor del trabajo como remedio contra la desidia y la ociosidad, enfermedades a las que se inclina el hombre de natural. ¡Cuánto se ha abusado (hasta en el frontispicio del Lager de Auschwitz se encuentra el irónico lema “el trabajo os hará libres”) de esta idea de la redención de las culpas y de la santificación por el trabajo!

Respecto al trabajo, abunda en sofismas del tipo “quien quita el trabajo, quita el descanso”, “las cosas que con él se alcanzan dan más gusto”. Mexía alienta y dirige al lector al pensamiento de que sin negocio no se disfruta del ocio, sin esfuerzo no se valora la recompensa. Las virtudes anidan en él y mejora la animal condición del hombre convirtiéndolo en domador de las bestias, cultivador de los campos, productor de bienes. Aviva la inteligencia y cincela los demás sentidos y potencias. Exhorta al trabajo, condena la pereza, castiga a los vagos porque no sólo no contribuyen a mejorar la obra de Dios, sino que contribuyen a su ruina y pérdida. Destaca el valor del estudio: (“Hasta los ingenios de los hombres, se entorpecen, no usados...; el uso, los adoba y afina”), y del entrenamiento mental en discurrir, pues si no se embrutece, (“como las piedras preciosas hay que pulirlas y engastarlas, así el ingenio”). Artera amonestación la que efectúa apelando a Séneca:

“el tiempo ocioso, sin letras ni estudio, es muerte y sepultura del hombre y que solos los que se ejercitan en la sabiduría son los que saben y tienen justo ocio” (*ibid.*, p. 456).

En el cap. XLIV da cuenta Mexía de la división evolutiva de las edades del hombre, a tenor de las divisiones de los clásicos, pero basadas en el distinto regimiento de los planetas. La astrología es pieza angular en la concepción naturalista que entronca todas las prescripciones psicopedagógicas. Estas edades son:

- **Infancia:** niñez del niño que no habla, también llamada **innocencia:** tiene dominio la luna, cuyo influjo se mantiene hasta los cuatro años:

“el cuerpo humano es húmido, blando, de poca fuerza, movable; por livianas causas se altera, sus miembros son para poca obra, crece a grande prisa mucho” (*ibid.*, p. 520).

- **Puericia:** hasta los 14 años (niñez y primera mocedad del hombre), regida por Mercurio:
“en esta edad, conforme a la naturaleza deste planeta, los hombres comiençan a mostrar su ingenio y abilidad para las letras, leer y escrevir, tañer y cantar. Son doctrinales, aparejados para ser enseñados, muy movibles en sus propósitos, incostantes y livianos” (cualquier maestro puede sacar las deducciones pertinentes) (*ibid.*, p. 521).
- **Adolescencia:** hasta los 22 años: mocedad y crecimiento. Edad regida por Venus, planeta asociado a los impulsos venéreos y a la concupiscencia:
“Y assí, por su natural impresión, comienza el hombre a ser ábil y poderoso para los desseos de Venus: dispuesto para aver hijos, inclinado a amores y a mujeres; dasse a cantares y juegos, vicios y comidas y plazerres y fiestas” (*ibid.*, p. 521). Desalentador es comprobar lo preclaramente que Mexía comprendía la turbulencia adolescente, aviso para navegantes (pedagogos, instructores, planificadores de estudios, docentes universitarios, etc.). El acmé venéreo de la edad universitaria aparta irremediabilmente de los caminos del estudio, la sosegada reflexión y el templado y austero ejercicio mental. No obstante, Mexía puntualiza que los planetas influyen e inclinan, pero no gobiernan ni deciden, dado que por encima del ineludible ascendente astrológico está el libre albedrío y la voluntad que puede siempre rectificar el rumbo a que predisponen los astros.
- **Juventud:** hasta los 42 años: regida por el Sol, planeta gobernador de la vida del mundo y de la vida del hombre, centro del sistema solar y de la vida. Así:
“aquella edad es flor de vida: el cuerpo, sentidos y potencias alcançan la fuerça entera; es el hombre entendido, osado; sabe conoscer y elegir lo bueno; dessea y procura mando y señorío, ser ylustre y conocido, y sigue la virtud y enclínase a justicia” (*ibid.*, p. 522). No cabe duda de la soberanía de la edad juventud que los eufemismos de hoy han trocado en primera adultez. Nuevamente, aparecen subrayadas algunas de las características más fortaleza, y la ecuanimidad.

En la estela de Vives. Apuntes pedagógicos contenidos en los ensayos populares...

- **Hedad viril o varonil** (¿qué pasa con las mujeres?, ¿será que, efectivamente, a partir de los 42 años ya no tienen edad, su cuenta queda interrumpida?). Se extiende hasta los 56 años. Su planeta es Marte:
“los hombres, en esta edad, comienzan a ser avarientos, yracundos y enfermos, templados en el mantenimiento, constantes en sus hechos, de la naturaleza de Marte, malo, peligroso, caliente” (*ibid.*, p. 522).
Malos mimbres y peor augurio para la madurez: tozudez, mal humor, codicia, intransigencia.
- **Vegez**: dura hasta los 68 años, su gobernador es Júpiter, planeta noble, equilibrado, ponderado, perseverante:
“inclina a los hombres en esta edad a huir el trabajo y peligros; buscan el descanso, obran piedad, aman la templança y la caridad, quieren honrra con loor, son honestos y vergonzosos” (*ibid.*, p. 522). Sobresaliente idealización de una edad, venerada y exaltada por los clásicos que difiere mucho de la visión ulterior, cercana al deterioro y la marginación de los viejos.
- **Hedad caduca y decrépita**: manda en ella el planeta Saturno: frío, seco y melancólico, triste y enojoso y abarca hasta los 98 años. Tenebrosa visión de esta edad:
“sus efectos son soledad y guardar la yra y enojo, enflaquecer la memoria y las fuerças, dar congojas y tristezas, largas, dolorosas enfermedades, grandes y profundos pensamientos, deseo de experimentar grandes secretos y cosas escondidas (y de ser superiores y obesdecidos)” (*ibid.*, p. 523).

Extráiganse las consecuencias necesarias, pese a no concordar con el origen astrológico o admitirse discrepancias en cuanto a las ubicación de las franjas delimitadoras, poco puede objetarse respecto al tino de las caracterizaciones, bien que arquetípicas y abiertas a excepciones. Abunda en el capítulo siguiente sobre la esencia de estas edades, destacando la quintaesencia de cada una de ellas:

- Puericia: pureza.
- Adolescencia: crecimiento.
- Juventud: ayuda, expansión, contribución con la sociedad.
- Seniores: experiencia.
- Vejez: declinación.

Otra forma más simple de enfocar las edades es: crecimiento, estado (mantenimiento) y disminución.

Finalmente, en el libro III (vol. 2), cap. XXIII, Mexía proporciona un consejo provechoso para todos los educadores y docentes en general aquejados de lo que hoy llamaríamos pánico escénico: Echando mano de cierta anécdota atribuida a Sócrates, alivia el temor que el público oyente produce en muchos oradores y maestros. Sócrates tranquiliza a su discípulo Alcibíades, atribulado ante la ocasión de pronunciar un discurso en el ágora, intimidado por la grandeza imaginaria de sus oyentes. Le hace reflexionar que si no se empequeñecería ante un zapatero, un agricultor, un artesano, un amanuense, o cualquier otro oficio o persona separadamente, considere que el público no es más que la congregación de todas esas individualidades de por sí inofensivas. Prudente observación que relajaría a más de un profesor actual.

Concluyo aquí la primera entrega de este trabajo, cuya continuación tendrá como protagonistas a Huarte de San Juan (el orientador profesional), a Antonio de Guevara (el educador / predicador) y alguna sorpresa...

BIBLIOGRAFÍA

- BATAILLÓN, M. (1966). *Erasmus y España*. México: F.C.E.
- CARBÓN, D. (1541). *Libro del arte delas comadres, o madrinas, y del regimiento delas preñadas y paridas y delos niños*. Por el expertísimo doctor en artes y medicina Mestre Damián Carbón. Mallorca, compuesto en 1528, publicado en 1541 (facsimilar del original que obra en el Instituto Wellcome de Historia de la Medicina, Londres).
- GARCÍA MADRID, A. (2002). *Adversum pedagogos. Papeles salmantinos de educación, 1* (2002), 275-285 pp.
- GÓMEZ, J. (1989). *El diálogo en el Renacimiento español*. Madrid: Cátedra.
- GÓMEZ, J. (2000). *El diálogo renacentista*. Madrid: Laberinto.
- LUJÁN, P. (1550). *Coloquios matrimoniales* (Ed. de Asunción Rallo, 1990). Madrid: Real Academia Española.
- MEXÍA, P. (1540). *Silva de varia lección* (2 vol). (Ed. de Antonio Castro, 1989). Madrid: Cátedra.
- SÁNCHEZ, T. (1998). El atavismo médico renacentista en la interpretación de la fecundación y la esterilidad humanas. *Revista de Psicología General y aplicada*, 51, 2, pp. 223-231.
- SANTIDRIÁN, P.R. (1986). *Humanismo y Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- VIVES, L. (1538). *Diálogos sobre la educación*. Madrid: Alianza, 1987.